

Líneas de investigación del proyecto Oxkintok

Miguel Rivera Dorado

Arbor CLXI, 635-636 (Noviembre-Diciembre 1998), 269-292 pp.

España recuperó en el año 1968 una vieja tradición. Equipos españoles viajaron a América para realizar investigaciones de campo sobre las culturas indígenas del Nuevo Mundo. Se enlazaba así con los cronistas que en la época de la colonia indagaron por doquier toda clase de pormenores sobre la realidad nativa contemporánea y sobre sus antecedentes precolombinos. En el verano de 1986, un grupo de arqueólogos de distintas instituciones emprendió la más ambiciosa de todas esas investigaciones modernas: el Proyecto Oxkintok. Tanto desde el punto de vista de los objetivos científicos, de los métodos empleados y de los medios disponibles, como por lo que respecta a la originalidad de muchos de los hallazgos, ese proyecto representa un hito en la disciplina americanista española. Los mayas de la península de Yucatán son ahora, después de seis años de excavaciones y otros diez años de trabajo de gabinete, mejor conocidos, y su realidad prehispánica se nos presenta con una nueva luz.

Antecedentes

Una de las más notables características del complicadísimo proceso de conquista y colonización de América por los españoles fue la enorme cantidad de descripciones que se hicieron de las extrañas gentes que poblaban el nuevo continente. El afán humanista y erudito de algunos, los intereses religiosos o administrativos de otros, y la mera curiosidad en pocos casos, lo cierto es que nunca jamás en la historia de la especie había tenido lugar un fenómeno como éste, cientos de frailes,

soldados, funcionarios y aventureros dejando constancia por escrito —a veces con una minuciosidad y pericia dignas de la moderna antropología— de lo que encontraban, paisajes, gentes, ciudades, costumbres, ritos, lenguas, a lo largo de miles y miles de kilómetros de tierras inexploradas, hostiles, remotas. El catálogo de lo que se ha llamado en términos generales las crónicas americanas constituye una proeza de la sensibilidad y el entendimiento humanos que relega definitivamente el viejo tópico de que la inmensa mayoría de los españoles que pasaron a Indias eran analfabetos codiciosos y crueles preocupados tan sólo por las riquezas, la holganza y el avasallamiento de los nativos.

Desde el siglo XVI, pero sobre todo en el XVIII y en los últimos años de la dominación hispana, varios «cronistas» se preguntaron por las numerosas ruinas esparcidas a lo largo y lo ancho de la península de Yucatán, en el sur y sureste de la actual república mexicana. Claro es que las exploraciones del yacimiento maya de Palenque, impulsadas por el monarca ilustrado Carlos III, fueron un tosco anticipo de la moderna arqueología, mientras que las descripciones de fray Diego de Landa en 1560 eran meras noticias curiosas expuestas inteligentemente. Pero lo cierto es que ahí, en el sur del área cultural que la ciencia hoy llama Mesoamérica, tuvieron lugar en la colonia unos atisbos de investigaciones arqueológicas, y que después de la emancipación del continente tales inicios no tuvieron ninguna continuidad por parte de la vieja metrópoli, salvo esporádicas incursiones en la antigüedad precolombina de algún docto viajero o residente español que ni crearon escuela, ni afirmación institucional de ninguna clase, ni dejaron la más mínima huella significativa en la historia de la ciencia americanista. Y eso fue así por espacio de unos ciento cincuenta años, pues hasta 1968 España no volvió a transitar los caminos de la arqueología americana de una manera firme, constante y diestra. La Misión Científica Española en Perú fue la primera de una serie que ha venido desde aquella fecha realizando trabajos de campo en el país incaico, en Ecuador, Guatemala y México. La tarea ininterrumpida ha producido decenas de monografías, ha incitado a las autoridades competentes a reconocer ayudas para esas pesquisas y, lo que es quizá más importante, ha despertado vocaciones en muchos jóvenes que hoy se mueven en los ámbitos de la Universidad o el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Desgraciadamente, y a pesar del prestigio que empiezan a tener los precolombinistas españoles en el mundo, todavía no han sido creadas cátedras de esta clase en las universidades de nuestro país, no hay centros de estudio especializados, y los practicadores del americanismo científico en el

terreno arqueológico tienen que debatirse entre muchas dificultades para poder sacar adelante su labor.

El que esto escribe ha participado en los trabajos de las misiones españolas desde 1968, y ha dirigido la Misión Arqueológica de España en México, que ha realizado excavaciones en la ciudad maya de Oxkintok entre los años 1986 y 1991 (Rivera 1986a y 1988a). El propósito es exponer ahora cuáles fueron los objetivos perseguidos en aquél proyecto, qué lineamientos estratégicos y metodológicos se siguieron, qué resultados se obtuvieron y qué proyección han tenido en la arqueología americanista mundial. Para ello, y luego de una breve introducción, vamos a centrarnos en la discusión del principal asunto alrededor del cual han girado las investigaciones: la configuración estructural del asentamiento monumental de la vieja ciudad maya como una manifiesta y deliberada ordenación del espacio en términos de la teoría del poder político imperante.

El Proyecto Oxkintok

La arqueología maya había conocido una época dorada desde los años treinta a los sesenta del presente siglo, cuando grandes equipos bien dotados económicamente liberaban de la selva y de los escombros las grandes ciudades de Guatemala y Yucatán: Chichén Itzá, Uxmal, Tikal, por ejemplo. Se trataba de recuperar el pasado esplendor de esos lugares, para la ciencia pero también para los turistas y para los ambiciosos planes de desarrollo de los gobiernos centroamericanos; los arqueólogos eran principalmente estadounidenses, hacían restauración de mejor o peor calidad y publicaban largos informes con escrupulosas descripciones y prolijas clasificaciones de los edificios y los objetos encontrados. La grandeza de la antigua civilización maya, obvia en sus manifestaciones materiales, hizo concebir a bastantes expertos de entonces la idea de que allí había florecido en el primer milenio de la Era cristiana una cultura aislada, sabia, pacífica, teocrática y justa. La reacción contra esta manera simplista de pensar no se hizo esperar, en las décadas siguientes los investigadores volvieron en cierta medida la espalda a los espectaculares conjuntos de ruinas para dirigir su atención a las áreas habitadas por el pueblo llano, los campesinos que erigían y alimentaban a las ciudades; además, se demostró que la civilización maya no difería sustancialmente de sus homólogas del Viejo y del Nuevo Mundo en cuanto al orden social fuertemente estratificado, el sistema de poder despótico, la religión de Estado y la práctica selectiva de la guerra con fines de dominación y hegemonía.

Con la escritura jeroglífica maya en vías de desciframiento, las excavaciones que se plantearon en los núcleos de las ciudades, y que no tenían como fin primordial el acondicionamiento de los sitios para las visitas turísticas, se orientaron a la resolución de problemas antropológicos concretos, muy particularmente los relacionados con la economía y la política de las sociedades precolombinas de Yucatán.

En esos momentos de reconsideración de los fines de la mayística, de fuerte influencia de la epigrafía en la redacción de los proyectos de campo, y de crítica de la labor llevada a cabo por las grandes instituciones norteamericanas en la primera mitad del siglo, se inicia el Proyecto Oxkintok. No cabe duda que sólo un mediocre planteamiento de los trabajos se hubiera fijado como meta la «reconstrucción» global de la historia precolombina, y mucho menos se hubiera conformado con devolver a los edificios y espacios urbanos la «magnificencia» de que habían gozado en la poca prehispánica. En 1985 la arqueología, de cualquier índole y en cualquier país, debía programar sus tareas orientada a la resolución de problemas concretos, principalmente de carácter sociológico, y de ello eran bien conscientes los miembros de la Misión española que recorrieron la península tratando de seleccionar un sitio arqueológico que reuniera las cualidades convenientes para afrontar tal empresa. El problema nuclear que nos propusimos resolver era el de la función y significado ideológico de los conjuntos arquitectónicos, y la articulación de todos ellos en el tejido urbano como supuesto modelo de las relaciones sociales y del sistema de poder. El diseño de la investigación descansaba en la hipótesis de que las ciudades mayas eran representaciones cosmológicas, y que la doctrina oficial del estado prehispánico contemplaba al cuerpo social en parangón con el universo exterior y dotado necesariamente de una estructura que era una proyección de la estructura del cosmos todo. De ese modo, las excavaciones que se iban a desarrollar a lo largo de seis años, los análisis pertinentes de diversos materiales, la obtención de fechas y secuencias, los estudios comparativos, y hasta el apoyo etnológico y lingüístico, todo fue pensado y planeado para ir encajando las distintas informaciones en lo que se podría llamar el marco básico de incertidumbres, de manera que a medida que se iban despejando las incógnitas aparecieran otras nuevas cada vez más próximas al problema principal.

Por ejemplo, como veremos más adelante, uno de los edificios más singulares de la ciudad es el llamado Satunsat o Laberinto. Nos propusimos su excavación con la convicción de que una construcción tan relevante, por su ubicación, morfología y antigüedad, tenía que estar ligada a las ceremonias políticas. Si ello era así, entonces probablemente se ence-

rraban en ese espacio algunos símbolos cosmológicos que hubieran sustentado en el pasado los nexos de los gobernantes con los dioses astrales, y dado que los señores mayas encarnaban a la sociedad de la que eran cabeza y culminación, entonces esos nexos se extendían por el orden de la colectividad en términos de jerarquía y función. La arqueología debía perseguir y descubrir tales atribuciones, y ratificar, o refutar en su caso, las hipótesis de partida, orientando los sucesivos pasos del trabajo.

La planificación de los asentamientos monumentales mayas es aparentemente azarosa o inexistente. Tal impresión resulta, desde luego, falsa, pero a ella contribuyen varios factores, el primero de los cuales es la dispersión de los grupos de edificios, separados entre sí y sin claras conexiones, aunque a veces pueda haber calzadas uniéndolos. No hay calles ni avenidas, ni plazas en el sentido más occidental del vocablo. El Proyecto Oxkintok trató en un primer momento de comprobar la autonomía real de esos «grupos», estudiando las diferencias entre ellos, de estilo arquitectónico y, sobre todo, de contenido en categorías de objetos, cerámicas, jades, y otros. También en el tratamiento de las ofrendas y de los enterramientos. Una vez demostradas esas diferencias, se allanaba el camino hacia la verificación del argumento que subrayaba la asociación de conjuntos arquitectónicos y grupos de parentesco o corporativos, es decir, un paso en la configuración del modelo cosmológico de la sociedad, cuyos segmentos venían a ser considerados constelaciones girando en torno al linaje real.

En el equipo de la Misión española hubo desde el año 1986 arquitectos, topógrafos, antropólogos, epigrafistas, ceramógrafos, geólogos, expertos dibujantes y fotógrafos, arqueoastrónomos, además de los arqueólogos que dirigían los sectores de excavación en distintos puntos de la ciudad. Muchos análisis de materiales se realizaron en laboratorios e instituciones de México, otros en España, e incluso algunos todavía están en marcha en varios países, pues el proyecto continúa sus trabajos e investigaciones que llegarán hasta más allá del año 2000. La serie *Oxkintok*, publicada por el Ministerio de Cultura y la propia Misión, ha dado en sus cuatro volúmenes cumplida noticia de los avances de esas investigaciones, otro libro-resumen fue editado por la Comisión Nacional del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, y todavía uno más reciente con resultados y un balance de los trabajos por el Ministerio de Educación y Cultura. El equipo español ha participado con sus datos y teorías en una decena de congresos internacionales y ha organizado varios simposia sobre las excavaciones de Oxkintok. Casi cien artículos han aparecido hasta ahora en revistas especializadas o de divulgación científica, en ocho países, en tres idiomas.

Se han terminado y presentado cuatro tesis doctorales que han obtenido la más alta calificación, y otras están en fase de elaboración.

Vamos a tratar a continuación, como se dijo antes, el problema central del urbanismo maya desde la perspectiva adquirida a través de las investigaciones de la Misión Arqueológica de España en México y del Proyecto Oxkintok. Naturalmente, las cuestiones se presentan aquí bastante simplificadas, ya que procuraremos sobre todo mostrar el tipo de reflexiones que guían nuestros trabajos de campo y de gabinete, y cómo los resultados de esos trabajos repercuten a su vez en la misma manera de pensar los problemas, modificándolos u orientándolos adecuadamente, es decir, un proceso de retroalimentación en el cual todavía estamos inmersos todos aquellos que hemos hecho de la cultura maya precolombina, vista desde la gran ciudad de Oxkintok, el objetivo de estudio prioritario para los próximos años.

La ciudad y el poder

La ciudad es el síntoma más evidente de que las colectividades humanas han alcanzado en su evolución un estadio de gran complejidad social. Desde los remotos períodos prehistóricos las características físicas de los asentamientos han reflejado fielmente las correlativas características de la estructura social del grupo que los habitaba; en tamaño, en composición, en planeamiento, en orden, en distribución de los elementos constitutivos, y en lo tocante al simbolismo cultural de todos y cada uno de tales elementos, los asentamientos, sean campamentos estacionales, sean poblados permanentes, sean abrigos y cuevas o conjuntos de chozas, son expresión de la manera en que el grupo social se piensa a sí mismo y de la manera en que se organiza para hacer frente a las condiciones medioambientales y a las necesidades que su particular proceso de desarrollo cultural le señala. Las ciudades, que aparecen cuando las comunidades adoptan formas de organización sociopolítica del tipo del Estado o de las jefaturas avanzadas (*cf.* Service 1962; Rivera 1975), son asentamientos muy complejos que obedecen a la voluntad política de integración y control en aquellos grupos humanos de abundante población, y donde la estratificación social y la especialización sectorial constituyen una fuente de antagonismos y conflictos. El fin primordial de las ciudades antiguas no es la habitación sino la representación y la participación, representación de las instancias involucradas en la continuidad y estabilidad de la estructura de relaciones sociales, y participación de los diferentes segmentos jerarquizados y especializados en los objetivos comunes que respaldan la identidad y el orden de la sociedad toda.

Como los asentamientos mayas de carácter monumental que llenan las selvas tropicales del sur y sureste de Mesoamérica no se adecúan a las definiciones de los urbanistas occidentales han sido clasificados por muchos investigadores bajo el epígrafe de «centros ceremoniales»; tal término impreciso se aviene bien con los titubeos de esos mismos estudiosos a la hora de determinar si la civilización maya que surgió en aquellos territorios en los alrededores del siglo IV antes de Jesucristo, y que perduró hasta la llegada de los invasores europeos en el siglo XVI de nuestra Era, era la de una sociedad de tipo estatal o no. Centro ceremonial hace mención a un conjunto de construcciones donde se celebran esporádicamente actos colectivos sobre todo religiosos, aunque también pueden ser políticos o de otra índole siempre que se ajusten a pautas severamente ritualizadas. Esos centros suelen estar vacíos en el tiempo entre ceremonia y ceremonia, y a menudo son fáciles de distinguir en arqueología por sus dimensiones menores y su aparente falta de planificación. Existen, no obstante, desde etapas anteriores a la de la sociedad compleja, y todavía hoy se pueden ver en América del Sur, por ejemplo, entre los indios cayapas u otros. En el área maya son famosos los centros ceremoniales de los tzotziles y tzeltales de los altos de Chiapas, objetivo de la peregrinación actual de bastantes turistas, como San Juan Chamula o Zinacantán.

Pero a raíz de las excavaciones modernas en sitios arqueológicos del tamaño de Tikal, Chichén Itzá, Calakmul, Yaxchilán, Copán u Oxkintok, han ido modificándose las ideas sostenidas en la primera mitad de nuestro siglo por mayistas de la talla de Eric Thompson (por ejemplo, Thompson 1954; véase también Becker 1979) y casi todo el mundo acepta ya que los asentamientos monumentales mayas, si bien de naturaleza formalmente distinta a los del Viejo Mundo antiguo, son auténticas ciudades. Esas diferencias con Egipto, Mesopotamia o Grecia, indican, a nuestro modo de ver, diferencias paralelas en las expresiones simbólicas que cristalizan en los emplazamientos urbanos, y en las instituciones sociales que las promueven, además de manifestar claramente otras posibilidades en cuanto a los caminos adaptativos elegidos en el bosque lluvioso de la península de Yucatán.

Los mayas precolombinos no utilizaron prácticamente los metales a lo largo del dilatado desarrollo de su brillante civilización. Porque fueron una civilización que elaboró modelos complejos de organización sociopolítica no se puede decir que pertenezcan al Paleolítico ni al Neolítico; los mayas vivieron en la Edad del Jade —aquella que podríamos caracterizar por el uso de utensilios primitivos en un contexto cultural o intelectual muy evolucionado— y su legado más importante,

además de la escritura, la aritmética y la astronomía, es la arquitectura, con la que pusieron orden en su mundo tropical espolcados por la necesaria celebración de la autoridad. Esa autoridad se plasmó muy tempranamente, a comienzos de la Era cristiana, en un sistema de gobierno centralizado que algunos antropólogos han llamado monarquía divina y que, dadas las connotaciones económicas que entrañaba su ejercicio en la península de Yucatán, también se conoce, al amparo de los conceptos marxistas englobados en el Modo de Producción Asiático, como despotismo oriental (véase, Rivera 1982). Las ciudades son, pues, concentraciones de arquitectura que cumplen dos funciones simultáneas y complementarias: proveer los espacios particulares en los que llevar a cabo las acciones pertinentes al modelo social, y simbolizar ese modelo a través de la exaltación de los gobernantes que son quienes lo generan, impulsan, mantienen y, en una palabra, lo encarnan. Cuando el poder es de tipo despótico, la arquitectura de las ciudades suele reunir otras características, es monumental, a veces colosal, está teñida de sacralidad, se vincula obviamente a los gobernantes, y refleja en alguna medida las nociones cosmológicas en las que encuentra respaldo y legitimación el orden político.

Todo el poder maya cristalizaba en la figura del rey, una categoría de personaje ya bien definida escrituraria e iconográficamente —y debemos de suponer, por tanto, que delimitada a la vez institucionalmente— hacia el siglo III de nuestra Era, cuando ya hacía cinco siglos que se habían empezado a alzar en la selva las primeras grandes ciudades. Que el cargo real fuera vitalicio o estuviera sometido en los tiempos iniciales a un sistema de rotaciones o turnos en el que participaran distintos clanes o linajes del más alto rango, como algunos autores han sugerido (por ejemplo, Knorozov 1982: 32-34), es un asunto que ahora no nos concierne. Lo cierto es que la persona que iba a desempeñar el poder absoluto, el rey, aceptó someterse a pautas y restricciones, en un estricto marco ideológico, que iban a tener efectos positivos en el cosmos, de manera que la tierra produciría lo suficiente, las lluvias caerían en el tiempo previsto, las gentes no pasarían hambre, ni dolor, ni morirían sino que continuarían viviendo en el más allá, el sol y los restantes astros se moverían regularmente por el firmamento, etc. Ese acuerdo o pacto entre gobernantes y pueblo permitió la aparición del Estado maya, y el comienzo del proceso se encuentra en los siglos inmediatamente anteriores al nacimiento de Cristo, cuando el incremento demográfico había alcanzado un punto de no retorno respecto a la capacidad de mantenimiento del medio, y se cernía sobre todo el territorio un grave peligro de constantes guerras por el dominio

de los mejores campos de cultivo. En la selva húmeda de los trópicos, donde la agricultura es de barbecho a largo plazo y no son posibles altas densidades de población, donde los rendimientos de las parcelas están sometidos a multitud de factores ambientales que hacen la supervivencia siempre precaria, el Estado puede surgir porque el rey se convierte en señor cosmológico, porque acepta ser intermediario con los poderes sobrenaturales, ser dios y actuar como tal para el provecho y beneficio de sus súbditos, garante de la continuidad de lo creado y de la vida de las gentes. Tal es el mensaje de las ciudades mayas a través de las construcciones y de su disposición en el paisaje, y de todos aquellos elementos que constituyen el llamado registro arqueológico de esta clase de yacimientos, un registro que no sólo, quizá ni siquiera principalmente, está compuesto de restos materiales, sino de otros abstractos o inmateriales, como el calor, la luz, el paisaje nocturno, que han sido determinantes en la configuración de la mentalidad que se expresa en los edificios y las plazas. Por ejemplo, para la civilización maya la escritura fue también un símbolo del poder, en tanto en cuanto era el vehículo de afirmación de las biografías de los reyes, las cuales eran en sí mismas interacciones del mundo de los humanos con el mundo de las potencias sobrenaturales; además, a través de la escritura jeroglífica inscrita en la piedra, que incluía anotaciones cronológicas de una gran precisión, los mayas aprehendieron y controlaron el transcurso del tiempo y dominaron, consecuentemente, las fuerzas inmersas en él que afectaban todos los aspectos de su vida. Las ciudades, pues, con sus edificios, esculturas, inscripciones jeroglíficas, son en igual medida reflejos cosmológicos y diseños del sistema de poder que representaba la estructura de la sociedad toda. En otras palabras, la alteración del paisaje natural de la jungla que se encontraron los primeros inmigrantes que llegaron a las tierras bajas de la península de Yucatán fue siempre una proyección de los esquemas de gobierno, pero era mediante la edificación como se convalidaba día a día esa acción de gobierno, y era en ciertas estructuras arquitectónicas donde el poder retrataba sus rasgos absolutos para hallar, recibir y expresar, la justificación ideológica de su existencia misma. De ahí la dialéctica permanente entre los monumentos y la capacidad política de la minoría que detentaba la autoridad.

El caso de Oxkintok

Como ya hemos dicho, desde el año 1986 un equipo de arqueólogos españoles ha estado realizando investigaciones en la ciudad maya de

Oxkintok, situada en el noroccidente de la península de Yucatán, a unos 50 kilómetros de la capital administrativa del Estado mexicano de ese nombre, Mérida. En la estrategia de excavación se tuvieron muy en cuenta los problemas relacionados con el sistema de poder antiguo, de modo que se buscaron respuestas a cuestiones como qué relación tenían las pirámides con los gobernantes, o en qué forma éstos se implicaban en el rito del juego de pelota, dónde vivían habitualmente o dónde ejercían sus funciones cotidianas, y, ya entroncando directamente con los objetivos principales del proyecto, de qué manera la «jerarquización» de los conjuntos arquitectónicos y su vinculación con segmentos sociales estratificados o especializados eran reveladoras de los mecanismos del poder político.

Las ciudades mayas están divididas en lo que se suele llamar «grupos»: conjuntos de construcciones aglutinadas de piedra y mampostería, en ocasiones elevados sobre una única plataforma colosal, que ocupan una extensión que oscila entre menos de una hectárea y cerca de un kilómetro cuadrado, con límites bien señalados y perímetros que pueden comprobarse en el terreno con relativa facilidad, y que se hallan a cierta distancia unos de otros (desde unas decenas de metros a varios kilómetros). Las zonas intermedias que hay de un grupo a sus vecinos pueden tener la forma de —y quizá fueron utilizadas en ocasiones como— grandes plazas, y en ellas se erigieron circunstancialmente estelas conmemorativas de gran importancia simbólica. A veces algunas de tales constelaciones constructivas están conectadas entre sí por calzadas elevadas que en maya se llaman *sacbè*, y a menudo hay también otros edificios o elementos escultóricos aparentemente aislados en el mencionado espacio «libre» que queda entre los grupos. El proyecto Oxkintok defiende la hipótesis de que esos grupos representan por lo general a segmentos sociales, probablemente de rango superior, de tipo parental o corporativo, tal vez linajes con funciones específicas en el orden económico y administrativo de la entidad política a la que pertenece la urbe. En las construcciones particulares de «sus» grupos, por tanto, tales supuestos linajes celebraban «sus» ceremonias de identificación con «sus» antepasados, a los que se conmemoraba en los templos, y allí se enterraban los individuos prominentes. Los grupos arquitectónicos eran, por decirlo así, los barrios ceremoniales en los que se llevaban a cabo ritos de endoculturación e integración fundamentales para el mantenimiento de la estructura social global, representaban simbólicamente a la unidad emparentada, como sucedía en las aldeas donde se instalaban linajes, que eran asentamientos equivalentes en lo físico y en lo espiritual al grupo humano allí localizado.

En el sector central de Oxkintok hay por lo menos seis de tales conjuntos arquitectónicos mayores, de los que hemos excavado tres, bautizados por nosotros con los nombres de Ah Canul, May y Dzib. Las diferencias entre ellos no son solamente de carácter morfológico, por el aspecto externo, las dimensiones y disposición de los edificios, sino de contenido, por cuanto los materiales recuperados en las excavaciones, sobre todo la cerámica, la estadística de cuyos tipos varía de grupo a grupo, reflejan adscripciones diversas. La personalidad singular de cada uno de los grupos es un hecho que sustenta la hipótesis de la diversidad de funciones que se les asignaron y de personas que tenían a su cargo esas funciones o se encontraban representadas por ellas. Puesto que consideramos axiomático que la sociedad maya estaba fuertemente jerarquizada, y que las construcciones monumentales simbolizan instituciones y segmentos sociales insertos dentro del sistema de poder, parece bastante probable que algunas de las gentes vinculadas a los grupos investigados en Oxkintok tuvieran relación directa con la máxima autoridad, con el linaje de los reyes. Veremos a continuación cómo a partir de los datos arqueológicos podemos establecer la naturaleza de los resortes del poder maya en el sitio (véase Rivera 1995a y 1998).

El grupo Ah Canul, del que no cabe duda que era el principal de la ciudad a juzgar por el número de pirámides, esculturas e inscripciones jeroglíficas que contiene, es también, consecuentemente, el de mayor valor simbólico. Los epigrafistas, que han leído los signos de escritura descubiertos en el sector, creen que en la Antigüedad el grupo se llamaba Sakunal, que significa «lugar de los hermanos mayores», lo que sería una obvia referencia a que era la sede del linaje de los gobernantes. En él hay un pequeño edificio situado en el lado norte de la plaza septentrional, que es la plaza en la que se encuentran las pirámides, clasificado con la sigla CA-3 y fechado por su estilo arquitectónico y por la cerámica asociada entre los siglos V y VI, en donde se hallaba un pavimento pintado con el diseño de una estera o, en maya, *pop*. La estera es un antiquísimo símbolo del poder, ha representado casi hasta hoy a las fuerzas que gobiernan a la sociedad, tanto al consejo de aldea como al supremo señor —son muy abundantes las imágenes de reyes mayas en la escultura y la pintura que llevan entre los ornamentos de su atuendo el diseño de la estera—, porque en ese petate se sentaban las autoridades en los palacios y bajo las ceibas de las plazas de los pueblos. La presencia de la estera en CA-3 indica con toda claridad la relación del edificio con el poder de los gobernantes clásicos de Oxkintok. En la pequeña estructura se descubrieron y ex-

FIGURA 2. *Vista general de la ciudad de Oxkintok*



cavaron dos tumbas, y se advirtieron las huellas de otras que habían sido saqueadas; en la tumba 5 se encontró una máscara de mosaico de jade, que sin duda había sido colocada sobre la cabeza del muerto; tal práctica, muy típica del período Clásico Temprano (250-600 d.C.) en ciudades como Tikal y Calakmul, y que se extiende algo más en el tiempo en otros lugares como Palenque, se relaciona con el tratamiento funerario de los personajes de mayor rango, los reyes o sus parientes próximos. En la máscara de la tumba 5 de Oxkintok faltaban la nariz y parte de la frente incluyendo el tocado. Esa carencia no creemos que sea fortuita. Los mayas creían que al morir los reyes se convertían en trasuntos del dios Kawil, una divinidad cosmológica que era emblema de los gobernantes y de la legitimidad para gobernar, estrechamente ligada a las dinastías de las grandes ciudades de la selva centroamericana. El dios Kawil se reconoce sobre todo en la escultura y en los libros de corteza prehispánicos por su retorcida nariz y por el tubo humeante que lleva clavado en la frente; no parece absurda, por tanto, la idea de que la máscara, que podía representar al Kawil con el que se confundía el difunto tras el óbito, fue mutilada ritualmente con objeto de conservar para la veneración futura los elementos más significativos. Sea como fuere, tanto si la máscara era el rostro del dios Kawil como si era el del dios solar Kinich Ahau, con el que también se identificaban los gobernantes, la enseñanza del edificio CA-3 y de la tumba 5 es que el poder basaba en buena medida su condición en los vínculos con los grandes dioses cosmogónicos y en la legitimidad que le otorgaba el simbolizar con su ejercicio la autoridad emanada de los viejos consejos de aldea. Es decir, por un lado los reyes reclamaban la herencia de las instituciones democráticas propias del estadio tribal, por otro se erigían en hermanos de los dioses del universo que había creado la doctrina de las escuelas sacerdotales de las ciudades. Encarnación del pueblo y demiurgo cósmico, tal era la síntesis del gobernante clásico. Una de las plazas interiores del conjunto Ah Canul se extiende delante de CA-3, la plaza norte, y en su costado meridional se alzan las tres pirámides que otorgan singularidad al grupo; cabe la posibilidad de que la distribución de esos y otros edificios imitaran la de los lugares centrales de las aldeas mayas, en las cuales la plaza fue, y es todavía hoy, una representación del mundo. De ser así podríamos conjeturar que en el eje norte-sur, que es del itinerario solar anual, se encontrarían la construcción que simbolizaba el poder terrenal (CA-3) y, enfrente, las construcciones que simbolizaban los nexos cosmológicos de los gobernantes y, por ende, su legitimidad política, o sea el poder sobrenatural.

No muy lejos de CA-3 se alza el más grande de los palacios de la ciudad, el llamado palacio Ch'ich, o, prosaicamente, CA-7. Aquí se han descubierto numerosos dinteles y paneles labrados en bajorrelieve con figuras de gobernantes; además del atuendo característico que portan esos personajes, los títulos descifrados en las inscripciones que los acompañan son los propios de los linajes reales. Todo hace suponer que en los palacios en los que se asentaba la monarquía divina —bien porque en ellos habitara en realidad el monarca, permanente o esporádicamente, o porque allí desempeñara sus funciones de gobierno, o porque en tales lugares se desarrollaran los rituales dinásticos— se representaba en la escultura semioculta de los dinteles de piedra a los parientes, antepasados o miembros vivos del linaje, que con su presencia y su fuerza garantizaban la continuidad y viabilidad del sistema de poder (véase Rivera et al. 1991, especialmente los capítulos sobre escultura y epigrafía).

Cada día que pasa los investigadores de la cultura maya consideran más seguro el hecho de que el principal culto religioso durante el período Clásico fue el culto a los antepasados, y ese modelo ideológico se proyectó a la organización política de la sociedad, de manera que el poder y la legitimidad del poder emanaba de los antecesores en el trono, desde la fundación misma de la dinastía. Como escribe Balandier (1994: 28-29), la palabra de los reyes no procede de ellos, sino de los antepasados que se expresan a través suyo y dictan las leyes. No es extraño, por tanto, que los símbolos que exaltan y conmemoran a los gobernantes en las ciudades mayas, empezando por las construcciones monumentales, estén teñidos de religiosidad y cuajados de referencias a la estructura de parentesco que ha permitido al gobernante particular ser lo que es. Como lógico corolario, cuando un monarca es sustituido por otro, sobre todo si éste pertenece a un linaje diferente, el arte oficial procura rehacer por completo el cuadro de las legitimaciones, y se erigen templos dedicados a la familia del nuevo señor y uno en el que el rey será enterrado al morir.

El palacio CA-7 estuvo, en una primera fase de construcción y utilización, orientado al este. Cuando se produjeron dramáticos cambios históricos en Oxkintok, a mediados del siglo IX, los nuevos gobernantes, sin duda portadores de una tradición cultural diferente aunque también maya o fuertemente mayizada, levantaron una crujía porticada al oeste, y en ella colocaron cuatro columnas esculpidas con figuras antropomorfas en altorrelieve. El cambio de fachada del palacio y las características de esas figuras columnares delatan claramente que una dinastía sustituyó a otra, que las ideas religiosas de los recién llegados eran algo

FIGURA 3. *Pirámide del grupo MAY*



distintas, y que la manera de representar a los personajes involucrados en el sistema de poder fue bastante modificada. Lo vemos en CA-7 porque ese palacio siempre estuvo conectado con las expresiones del máximo poder, pero en las estelas del siglo IX que las nuevas gentes erigieron en otros lugares de la urbe se aprecia igualmente, ya que el estilo clásico de figuras reales ocupando la mayor parte de la superficie frontal de la laja de piedra es sustituido por otro en el que esa superficie se divide en bandas superpuestas en las que se ven escenas cortesanas o ceremoniales más dinámicas y, diríamos, más «democráticas». Quizá las influencias genéricamente llamadas mexicanas en la cultura yucateca del período Clásico Terminal (800-1000 d.C. aproximadamente) tuvieron el efecto de eliminar, o al menos atenuar bastante, el despotismo típico del gobierno de los reyes o *ahaus* del dilatado lapso anterior.

En los restantes grupos excavados en Oxkintok se alza una sola pirámide, por lo general en una posición central dentro del conjunto de construcciones, o al menos en el centro del eje este-oeste. Es seguro que los grupos no explorados, como el Xanpol y el Donato Dzul, cuentan también con una única construcción de ese tipo. Hay que resolver, pues, el misterio de que en el grupo Ah Canul se levanten tres pirámides. Es un hecho que tiene que ver con algo más que con la importancia relativa de los distintos grupos, en lo que atañe al lugar que ocupaban en el esquema jerárquico global, si bien ése es un factor de gran trascendencia para el estudio de la organización social de los antiguos mayas. Si suponemos —y es una suposición con muchos visos arqueológicos de verosimilitud— que la pirámide de cada grupo fue el templo del linaje o del clan en el que se rendía culto al antepasado fundador de esa unidad de parentesco —normalmente deificado—, en el que se llevaban a cabo las ceremonias de integración e identificación de los individuos componentes del segmento social particular, y en donde se enterraba a los cabezas o líderes para que ellos fueran al mismo tiempo objeto de veneración y refuerzo de la identidad buscada, templos que cada nuevo jefe o gobernante de los respectivos segmentos estaba obligado a renovar y ampliar, entonces debemos concluir que en el grupo Ah Canul hubo tres de tales antepasados, lo que implicaría tres dinastías diferentes si damos por seguro que el grupo es el representativo de la familia real de turno a lo largo de casi todo el período Clásico. Pero las tres pirámides están ubicadas y orientadas de manera distinta, como también hay diferencias entre las de los grupos de la mitad sur de la ciudad y la del grupo del norte. En el área sur de la ciudad los templos piramidales están situados en el lado sur de las respectivas plazas en las que se alzan dentro de cada grupo; las pirámides de

los grupos May, Dzib y Xanpol tienen sus fachadas principales orientadas aparentemente al norte, y es prácticamente seguro que la de la pirámide del grupo Donato Dzul, pirámide quizá situada en el lado norte de una plaza aún mal delimitada, está orientada al sur. No es muy difícil concluir de tal arreglo que la ciudad pudo estar ocupada por una colectividad dividida en mitades (véase Becker 1984), una ubicada en el espacio del sur y otra ubicada en el espacio del norte, tal y como se supone que también estaban divididos los dioses del panteón maya: los del cielo (equivalente al norte) y los del mundo subterráneo (equivalente al sur), y que las puertas de sus templos clánicos respectivos miraban en la dirección correspondiente a los dioses con los que se afiliaban. Pero en el grupo Ah Canul, según decimos, en la plaza septentrional, hay tres pirámides de las cuales una mira al norte como las de los otros grupos May o Dzib, pero otra se orienta al oeste y la tercera al oeste también. ¿Cómo interpretar tal anomalía? ¿Es que hubo antaño linajes reales conectados con ese insólito —en Oxkintok— rumbo? Poco podemos decir todavía al respecto, desgraciadamente, porque las investigaciones no han avanzado tanto y porque las exploraciones llevadas a cabo en la estructura CA-4, es decir un templo orientado al oeste, no han aportado informaciones sugerentes sobre este problema, pero tal vez es suficiente por ahora con que el problema mismo pueda ser enunciado tan categóricamente. Puesto que el eje este-oeste es el del camino diario del sol, quizá esos otros dos edificios piramidales del grupo Ah Canul muestren la necesidad de los gobernantes de vincularse más estrechamente con el gran astro luminoso. De lo que no creemos que quepa duda es de que la presencia de esos otros templos en este conjunto particular de construcciones refuerza la hipótesis de que ahí estaba el lugar del poder superior y de que tales basamentos colosales expresaban nítidamente la relación especial del lugar con sus magnos ocupantes.

Las conexiones entre la arquitectura simbólica y el poder son igualmente evidentes en otras dos estructuras. El juego de pelota es una construcción ubicada en el grupo Dzib y que consta de dos largos muros paralelos que delimitan una cancha en donde tenía lugar el rito deportivo. La plaza donde está situado el juego de pelota se enlaza con el grupo Ah Canul por medio de una calzada, lo que ya constituye un primer aviso de que los gobernantes tenían mucho que ver con el rito. Existen imágenes de uno de los reyes de Oxkintok vestido con el atuendo de jugador de pelota, y son numerosas las fuentes que nos confirman que el juego era una práctica religiosa reservada a la alta nobleza. La cancha del juego de pelota de Oxkintok está orientada

FIGURA 4. *Palacio CA-7 del Grupo AH CANUL.*



también siguiendo el eje norte-sur, lo que la vincula con las supuestas mitades que habitaban la urbe. Es muy posible que los representantes de esas mitades se enfrentaran en la cancha, remedando las míticas luchas de los dioses del cielo y del infierno, ocurridas en los momentos iniciales de la creación del mundo. Fue así, con toda certeza, un juego de renovación y mantenimiento de lo creado, del universo y de la vida, algo que encaja perfectamente bien con el papel que en las sociedades despóticas está reservado al máximo gobernante y a los miembros de la nobleza próximos a él. No hay que olvidar que en la religión maya el infierno, llamado Xibalbá, era el lugar de los misterios sobre la vida y la muerte, sede, por tanto, de la suprema sabiduría; era también, consecuentemente, origen y fuente de poder. Por ejemplo, de allí, del infierno, trajo el legendario Hunac Ceel el derecho y la legitimidad para gobernar Chichén Itzá, según narran las fuentes mayas (véase Rivera 1986b), después de haberse arrojado en el pozo o cenote sagrado. Los mayas prestaban enorme atención a Xibalbá en su pensamiento político y religioso, y en ese infierno residían, o eran de él asiduos visitantes periódicos, los principales y más poderosos dioses.

Pero el edificio con mayor carga simbólica de toda la vieja ciudad precolombina es el que se encuentra solo en la extensión de terreno libre que existe entre los grupos Dzib y May. Se le conoce con el nombre de Satunsat, que ya llevaba en el siglo XVI según nos cuentan los cronistas españoles (Rivera 1988b y 1993). Es una estructura de tres pisos y dos decenas de largos y angostos cuartos conectados por tres escaleras interiores. La traza es obviamente laberíntica, pensada para que el caminante se extravíe y pierda la noción del tiempo y del espacio, puesto que reina la oscuridad absoluta, las puertas se distribuyen en azaroso zigzag, y los suelos y techos ascienden y descienden también caprichosamente. Satunsat es un nombre maya que significa literalmente «perdedero», lugar para perderse. El significado de tan singular edificio —en toda el área maya son contadas las estructuras parecidas, y ninguna es un laberinto tan deliberadamente perfecto— parece que debe buscarse en los ritos de iniciación relacionados con la realeza; en esa clase de construcciones tendría lugar la muerte ritual del heredero y su renacimiento para convertirse en rey, y allí viajaría al inframundo para obtener los secretos y la legitimación necesarios para el desempeño de su cargo; en los laberintos el monarca se convertía en sol; así lo indican la arqueología, la memoria histórica, los mitos modernos y las prácticas religiosas que todavía hoy realizan los curanderos *ah men* en su interior (véase Rivera 1995b; Shuler, Freidel y Ardren 1998). El Satunsat tiene unos tragaluces en la pared

FIGURA 5. *Pirámide CA-4 del Grupo AH CANUL durante los trabajos de excavación*



occidental que se siguen con otros que atraviesan todos los muros internos en línea recta, de manera que el sol que incide en esa fachada en los equinoccios y manda sus rayos hasta lo más profundo de las galerías puede decirse que penetra entonces, y sólo entonces, hasta lo más recóndito del laberinto. Es el edificio de la creación del mundo. Cuando el sol irrumpe hasta el fondo de la construcción iluminando todos los cuartos, entonces es posible saber si es de día o es de noche, su acción quivale pues a la separación de los días en unidades sucesivas y diferenciadas, es decir, lo que se decía en Mesoamérica que sucedió en el origen del universo, cuando el sol recién creado empezó a moverse por el firmamento dando comienzo a la vida y al tiempo histórico del cosmos y del hombre. Por eso es en el Satunsat, edificio que rememora y actualiza el acto de la creación mediante el rito del movimiento solar entre el cielo y el infierno —el laberinto es un símbolo que suele indicar la entrada o el camino al ámbito infernal (véase Rivera 1995b)—, donde la tradición coloca el mito de la llegada a Oxkintok por debajo de la tierra de los primeros seres humanos (Amador 1989); hasta ese momento reinaba la oscuridad, no había sol, no había luna, los días se confundían unos con otros.

Pues bien, como la configuración interior del Satunsat trata de imitar una cueva, y de hecho el piso bajo es semisubterráneo, podemos pensar que el edificio fue diseñado para sustituir a las numerosas grutas que hay en la región, incluso dentro de las lindes de la propia ciudad, que siempre han sido consideradas vías preferentes de comunicación con el Xibalbá. Una tal voluntad, el deseo de hacer un camino artificial a los infiernos, es propia de un gobernante que quiera ser semejante a los demiurgos que crearon el universo en los tiempos originales. El laberinto de Oxkintok se debe sin duda al deseo político de imitar a los dioses con el fin de poseer un acceso al inframundo, de donde traer los secretos de la sabiduría que confiere el poder. Al entrar en el Satunsat durante los equinoccios, el gobernante o sus nobles se igualaban con el sol que penetra cada atardecer en el interior de la tierra, descendían al infierno y regresaban renacidos, con la vida renovada y con las condiciones para disfrutar del poder un nuevo período de tiempo. Nunca el arte maya ha dado un ejemplo tan claro, a nuestro parecer, de la solarización de los reyes, un proceso político y religioso que también existió en Egipto y en otras culturas antiguas.

Un vistazo a la ciudad de Oxkintok, pues, ha bastado para identificar los hitos del poder en el paisaje urbano. Otro tanto podría hacerse en Palenque o en Tikal. La arquitectura tiene un papel fundamental, insistimos para cerrar este breve ensayo, junto con la iconografía y

la escritura, en los análisis que conducen a un mejor conocimiento de las formas, los símbolos, las expresiones y los mecanismos del poder en las civilizaciones arcaicas.

Bibliografía

- AMADOR, Ascensión (1989): «El origen del mundo en Oxkintok», *Oxkintok 2*, págs. 157-172. Misión Arqueológica de España en México, Madrid.
- BALANDIER, Georges (1994): *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Paidós, Barcelona.
- BECKER, Marshall J. (1979): *Theories of ancient Maya social structure: Priests, peasants and ceremonial centers in historical perspective*, Katunob, Occasional Publications on Mesoamerican Anthropology, N.º 12. Greeley, Colorado.
- (1984): «The development of polity in Mesoamerica as interpreted through the evolution of plaza plans: suggested influences of the Central Mexican highlands on the Maya lowlands», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. XIV, págs. 47-84, Madrid.
- KNOROV, Yurii (1982): *Maya Hieroglyphic Codices*, Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York at Albany, Pub. n.º 8, Albany.
- RIVERA, Miguel (1975): «El concepto de ciudad en arqueología», *Revista de la Universidad Complutense*, vol. XXIV, n.º 97, págs. 189-204, Madrid.
- (1982): *Los Mayas, una sociedad oriental*, Universidad Complutense, Madrid.
- (1984): Sobre el *status* relativo de las ciudades mayas, *Revista Española de Antropología Americana*, vol. XIV, págs. 243-247, Madrid.
- (1986a): «Investigaciones arqueológicas en Oxkintok, Yucatán», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. XVI, págs. 87-107, Madrid.
- (1986b): *Chilam Balam de Chumayel*, Crónicas de América 20, Historia 16, Madrid.
- (1988a): «El Proyecto Oxkintok. Introducción», *Oxkintok 1*, págs. 8-18, Misión Arqueológica de España en México, Madrid.
- (1988b): «El Satunsat o Laberinto», *Oxkintok 1*, págs. 18-29, Misión Arqueológica de España en México, Madrid.
- (1993): «La mirada maya sobre las huellas de los antepasados», *Historia y Fuente Oral*, n.º 9, págs. 91-101, Universidad de Barcelona, Barcelona.
- (1995a): «Arquitectura, gobernantes y cosmología. Anotaciones sobre ideología maya en los cuadernos de Oxkintok», *Revista Española de Antropología Americana*, n.º 25, págs. 23-40, Madrid.
- (1995b): *Laberintos de la Antigüedad*, Alianza Editorial, Madrid.
- (1998): «El urbanismo de Oxkintok: problemas e interpretaciones», *Revista Española de Antropología Americana*, n.º 28, págs. 39-61, Universidad Complutense, Madrid.
- RIVERA, Miguel et al. (1991): *Oxkintok, una ciudad maya de Yucatán*. Quinto Centenario y Ministerio de Cultura, Madrid.
- SERVICE, Elman R. (1962): *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*. Random House, Nueva York.

- SHULER, Charles, FREIDEL, David A. y ARDREN, Traci (1998): «Northern Maya Architecture, Ritual and Cosmology», *Anatomía de una civilización* (Eds. Andrés Ciudad y otros), págs. 253-273. Sociedad Española de Estudios Mayas, Madrid.
- THOMPSON, J. Eric S. (1954): *The Rise and Fall of Maya Civilization*. University of Oklahoma Press, Norman.